

Atrasis vol.2

Colección Átropos

ÍNDICE

Prólogo, de <i>María José Barrios</i>	9
Más allá de las montañas, de <i>Mónica García Llamazares</i>	11
Bolardos, de <i>Tomás del Rey</i>	23
La migración de los diplodocus, <i>Francisco Beltrán</i>	35
Tres vidas por un alma, <i>Marina Tena Tena</i>	41
Lo que cree, será, de <i>María Beltrán Catalán</i>	55
Luces, sombras y recuerdos, de <i>Rober Rodríguez</i>	75
Hipervínculos, de <i>Marina G. Quintana</i>	95
Esos ojos, de <i>Pablo Casanueva</i>	105
Encuentros, de <i>Elena Tejedor</i>	121

PRÓLOGO

María José Barrios

Es hermoso asistir al nacimiento de una historia. Conocer la idea desde el principio, observar a su autor o a su autora mientras la desarrolla, mientras se pelea para encontrar las palabras adecuadas, las imágenes más sugerentes. Estar a su lado cuando por fin aparece el principio, pero también cuando decide poner el punto final (qué cosa más difícil esa, acertar a terminar un cuento en el momento justo). Como coordinadora de talleres de escritura creativa no puedo sino agradecer la generosidad de las personas que comparten ese proceso tan íntimo conmigo cada semana. Soy de las primeras en adentrarme en esas historias, y lo hago junto al resto de compañeros y compañeras del taller. A veces, esa puesta en común enriquece el proceso creativo. Sirve para darle forma a la historia, para observar la reacción de quienes la leen. A veces, sencillamente, hace que la escritura sea menos solitaria. Pero si hay algo que he aprendido con los años es que nunca, nunca se puede perder de vista lo que el autor o la autora quieren contar. Los demás podemos ser compañeros de viaje, pero es a la imaginación, al esfuerzo y al tesón de sus autores a los que hay que felicitar por el resultado final.

Cuando empezamos a leer una historia de carácter fantástico, la primera idea que me viene a la cabeza es la de complicidad. Su autor nos está proponiendo que aceptemos una invitación para dejarnos llevar por su idea, que nos olvidemos por un rato de nuestro mundo cotidiano y dejemos volar la imaginación. Leer se

convierte en lo más parecido a jugar, como si volviéramos a ser niños (¿acaso hace falta ser un niño para jugar?).

La premisa de *Atrasis* era construir relatos en los que lo fantástico se imbricara con el mundo real, quizá con la idea de llevarnos de la mano de uno a otro mundo. Y se invitó a los participantes de tres talleres de escritura creativa para formar parte de ella. En esta antología encontrarás querubines que, como bandadas de pájaros, migran al sur huyendo del frío. Pactos con el demonio a un precio demasiado alto (como no puede ser de otro modo). Novias que vuelven a la vida desde el más allá para consumir su venganza. Abducciones extraterrestres que sólo dejan tras de sí un montoncito de ropa tirada por el suelo. La historia de amor imposible de Robert Oppenheimer (nada más y nada menos que el creador de la bomba atómica). Un relato conmovedor de un viaje que emprenden al mismo tiempo una niña y un árbol explorador. Una mujer que se trasporta sin querer a los lugares más insospechados al tocar las nuca de los demás. Líneas de bolardos que brotan del suelo como florecillas silvestres. E incluso una manada de diplodocus que, una vez al mes, cruza majestuosamente la ciudad de Sevilla en mitad de la noche.

Es hermoso, decía, haber asistido al nacimiento y también al proceso de escritura de algunas de las historias que aparecen en esta antología. Ahora vosotros podéis formar parte también de este viaje apasionante. Dejaos llevar por estos relatos y disfrutad.

MÁS ALLÁ DE LAS MONTAÑAS

Mónica García Llamazares

ENOL

Enol era un joven árbol nacido en el Jardín de los Nacimientos del Reino Arbóreo. A su alrededor se habían criado otros árboles y arbustos. Las flores tenían su propio jardín en el otro extremo del reino, el más soleado y tranquilo.

SARA

El olor a invierno y a primera nieve la despertó de madrugada. Todavía no había sonado la alarma de su móvil. El pueblo y sus montañas aún dormían y sólo se oía el ladrido de algún perro. Era tan sólo el primer día de diciembre, pero en las montañas el invierno siempre llegaba pronto.

Remoloneó un rato en la cama, pensando ilusionada en la Navidad que se acercaba, hasta que una punzada en el pecho le recordó qué otra fecha estaba próxima: el primer aniversario de la muerte de su padre durante el derrumbe de la mina. El corazón se le encogió en el pecho. No fue fácil perderle con sólo dieciséis años. Sonrió a su pesar, al recordar la cara de su padre, su ilusión, sus cuentos cuando era niña. Siempre le echaría de menos, pero gracias a él, ella era quien era. Sería la primera de su familia en vivir más allá de las montañas.

Sara miró la montaña que se había llevado a su padre. Recordó sus regalos. Todos los años por su cumpleaños, él le había regala-

do una bola de nieve. Había dieciséis sobre las baldas de su estantería.

En algunas había patinadores sobre hielo, bosques y ciudades, iglesias y muñecos de nieve. Cogió una de ellas y la agitó. La nieve se movió en todas direcciones.

ENOL

Enol fue designado explorador al poco de germinar, pues sus raíces crecían profundas y serían capaces de caminar grandes distancias cuando llegase el momento de sacarlas del suelo.

Creció feliz, rodeado de los cantos de los ruiseñores que anidaban en sus ramas jóvenes.

Sus padres, un viejo olmo y una encina de tronco rugoso, le visitaban a diario en el jardín. Ellos habían unido sus ramas hacía ya muchos años, pero ninguna de sus semillas había germinado hasta que Enol asomó sus diminutas ramas entre la tierra. Los dos se encargaban de abonar el jardín de las flores, para que creciesen fuertes y sanas, antes de levantar también ellas sus raíces.

SARA

Se levantó y bajó a la cocina, donde se encontraba la abuela preparando las rosquillas que tanto le gustaban. Su madre se sentaba en la enorme mesa de madera antigua, con la mirada perdida en su taza de café.

También allí había esferas de nieve sobre la repisa de la chimenea. Su padre siempre se las regalaba a su madre por su aniversario de bodas. Tal vez había unas veinte.

—¿Estás preparada para clase? —dijo su madre—. No sé si habrá hoy, con tanta nieve. —Sara se encogió de hombros.

—Me da igual. Son todos unos aburridos. No les preocupa que se acabe el instituto. Sólo somos cuatro del último curso y todos menos yo se quedarán aquí el próximo año.

—¿Todos menos tú? —preguntó su madre extrañada—. ¿A dónde se supone que piensas ir?

—Estoy pensando en ir a Gijón en el puente de la Constitución —dijo ella, sentándose frente a su madre—. Para ver la universidad. Quiero ver la facultad de Biología.

—Hija, olvídalo —dijo su madre, sentada a la mesa de la cocina con una taza de café entre sus manos—. No hay nada más allá de las montañas. Todo es igual. No merece la pena.

—Lo haré, mamá. ¿Por qué te empeñas en mantenerme aquí? ¿No quieres que sea feliz?

Su madre negó con la cabeza y agachó la mirada. Agarró con fuerza la taza de café, que ya debía de estar helada, y suspiró.

—Hija, lo que ves en la televisión no son más que cuentos. Noticias que no se sabe de dónde vienen.

—Pero mamá, el mundo es inmenso —dijo Sara, mostrándole una imagen de Google Earth en la pantalla de su *tablet*—, pero tú no quieres verlo. Nosotros sólo somos este diminuto punto de las montañas que hay entre Asturias y León. Pero tú prefieres creer que únicamente existe este pueblo y su mina.

—Deberías hacerle caso a tu madre —dijo la abuela friendo las rosquillas. No levantó la mirada de la sartén para hablar—. Aquí tienes todo que necesitas. A tu familia, tus raíces. No necesitas salir del pueblo para tener una buena vida. Fuera no hay nada que pueda interesarte.

—Sí que lo hay. Al norte está Asturias y el Atlántico. Al sur León y su meseta. Y un mundo inmenso que recorrer. Estoy harta del frío, la nieve y la montaña. Me iré en el Puente de la Constitución. Sólo para ver el mar, la universidad. Pienso ir a estudiar allí el próximo año.

Su madre y su abuela se lanzaron miradas preocupadas.

—Ten cuidado, Sara —dijo la abuela tranquilamente, entretenida con sus rosquillas—. No vayas a encontrar eso que tanto buscas.

Sara, molesta por sus palabras, se acercó a la abuela por detrás y le robó tres rosquillas recién fritas del plato. Le quemaron la mano y la lengua, pero no le importó.

ENOL

El Bosque Arbóreo se encontraba en un pequeño valle rodeado de montañas cubiertas de nieve. También en el bosque nevaba a veces. La misma nieve suave y blanda caía de vez en cuando desde que tenían memoria. Allí no existían las estaciones. A veces hacía frío, y otras calor. A veces nevaba hacia abajo, y otras hacia arriba. Las plantas jóvenes jugaban a acertar cómo caería la nieve cada vez. La tierra siempre estaba húmeda gracias al riachuelo que pasaba entre los jardines. Eran un mundo joven y apenas tenían historia, pero eran un pueblo orgulloso y crecían con rapidez. El espacio en el valle se reducía y apenas les quedaba tierra para hacer nuevos jardines. La población aumentaba, sobre todo la de las flores, aunque su vida también era mucho más corta.

Cuando él no era más que una diminuta semilla recién enterrada, dos árboles, un roble y un chopo, trataron de llegar más allá de las montañas. Nunca se volvió a saber de ellos. En esos dieciséis años, la tierra se había hecho más escasa, y Enol era la última oportunidad de su pueblo para encontrar una tierra más amplia donde seguir plantando sus semillas.

SARA

Corrió a la calle sin hacer caso de los gritos de su madre y su abuela, que le suplicaron que no saliese en medio de aquella tormenta de nieve. No pensaba ir a clase esa mañana.

El pueblo, formado por antiguas casas de piedra reformadas una y otra vez, estaba desierto a aquellas horas. Tan sólo el humo de las chimeneas recordaba que aún había vida tras sus paredes.

Sara cruzó corriendo el pueblo, no era muy grande. Unos doscientos vecinos. Se dirigió a la parada de autobús. Se iría de allí ahora mismo. Pero al llegar a la parada, un enorme aviso decía que ese día no habría autobuses debido a la intensa nevada, y tuvo que volver a casa.

ENOL

La falta de tierra había provocado más de un enfrentamiento en el valle, a pesar de que las plantas eran pacíficas por naturaleza. Las flores acusaban a los árboles de querer ocuparlo todo desplazándolas a ellas, y los árboles y arbustos las culpaban por plantar un alto número de semillas que necesitaba una amplia extensión de terreno.

En aquel valle no había calles, ni carreteras ni tan siquiera caminos. Las plantas no lo necesitaban.

Caminaban sobre la tierra, comían de ella, del sol y del agua. No necesitaban nada más, salvo espacio. Los reyes, un roble y una encina, junto con un Consejo de ancianos de diferentes especies, vivían en un montículo en el centro del lugar, y ofrecían consejo y consuelo a quienes lo necesitasen. Ellos habían decidido por voluntad propia plantarse definitivamente. Así todos podrían encontrarles cuando los necesitasen.

SARA

—Mamá —dijo por la tarde, sentándose a su lado—. ¿Podré ir a la universidad que yo elija el año que viene?

Su madre clavó su mirada triste en ella y no dijo nada.

—Papá me lo prometió.

Su abuela soltó un bufido.

—Y ya sabes lo que le ocurrió por culpa de sus ansias de conocer el mundo —dijo su abuela mirando para otro lado.

—Madre, no es el momento de esas historias —le dijo su madre a la abuela mientras jugueteaba distraída con el móvil entre sus dedos—. Sara es demasiado joven para saber cómo son las cosas.

—Pero podré elegir, ¿verdad? Sabéis que siempre he querido estudiar biología. No puedo quedarme aquí cuando termine el instituto.

—Es tarde, Sara. Vete a dormir. Ya tendremos tiempo de hablar del asunto otro día —dijo su madre.

Sara se levantó de la mesa y se dirigió a su habitación, en la planta superior. Oyó los cuchicheos de su madre y su abuela. Sólo distinguió algunas palabras: joven, nieve, montaña, nada.

Se tumbó sobre la cama y clavó la mirada en el techo. Suspiró. Siempre igual. Su madre y su abuela daban por hecho que se quedaría en el pueblo, como ellas. Con ellas. Que encontraría trabajo de cualquier cosa, en alguna tiendecita, o de panadera, como ellas, o incluso en la mina, si es que la reabrían alguna vez. Llevaba un año cerrada, desde el derrumbe que se tragó a su padre y a otros tres mineros.

Era cierto que muchos se quedaban, pero parecía que cuando tomaban aquella decisión se les borraba la sonrisa de la cara para siempre, y el brillo de sus ojos se apagaba. Así había sido desde siempre su madre. También la abuela. Al menos desde que las conocía, que era toda su vida.

Su padre era diferente. Sonreía, y a pesar de trabajar en la mina, siempre hablaba de dejarlo e irse a la ciudad con la familia, a Oviedo, y buscarse allí un trabajo. Pero el derrumbe se lo impidió.

Nadie de su familia, ni tampoco ella misma, había salido nunca del pueblo. Nadie que ella conociese, en realidad, lo había dejado. Y los que lo habían hecho no habían querido volver. Ella lo entendía perfectamente. Tenía muy claro lo que quería en la vida: ser bióloga marina. No volvería al pueblo salvo para visitar a

su familia, si es que no conseguía convencerles para que se fueran con ella.

El día antes habían llegado los documentos para solicitar beca para la universidad, y un remolino de ansia y emoción ante el futuro se despertó en su pecho. No veía el momento de cruzar al fin aquellas montañas. Abrió Google Earth, su *app* favorita, y se dedicó a explorar la costa española. Lo había mirado tantas veces que la sabía casi de memoria. Al cabo de una hora se quedó dormida sobre el iPad.

ENOL

Enol sintió un cosquilleo en una de sus raíces. Al día siguiente cumpliría dieciséis años y podría sacar sus raíces del suelo y caminar por primera vez. El Consejo del reino estaba deseando que llegase el día y enviarlo a explorar más allá de las montañas. Todos habían puesto en él sus esperanzas.

SARA

Esa noche soñó con su vida en la ciudad. Con calefacción pulsando sólo un botón, sin cortes en internet, con discotecas y calles llenas de vida y de gente feliz. Y sin nieve. Sobre todo sin nieve. Allí caía casi de continuo, y las ventiscas movían los copos en todas direcciones, arriba, abajo, derecha e izquierda.

Sonrió en sueños y despertó. Le daba igual lo que le dijeren en casa. Se iría. A la mañana siguiente lo intentaría de nuevo. Cogería el autobús hacia el norte. Tenía que hacer varios transbordos, pero quería llegar a Gijón y pasar algunos días mirando al mar.

El despertador sonó a las ocho de la mañana y, con una enorme sonrisa en la cara, se levantó de un salto. Tomó un café bien cargado y escribió una nota para su madre y su abuela explicándoles que se iba tres días. Que no se preocupasen y que les llamaría al móvil en cuanto llegase a Gijón. Se preocuparían. Estaba segu-

ra, pero era algo que tenía que hacer. Tenía que ver por sí misma lo que había al otro lado de la montaña. Cogió una mochila y la llenó con lo imprescindible, ropa para un fin de semana, algo de dinero que tenía ahorrado de trabajar algún fin de semana en el bar del tío Joaquín, el móvil y la *tablet* y unas rosquillas de la abuela. En el último momento cogió también una de las esferas de cristal que le había regalado su padre, con un precioso jardín nevado en su interior, y la guardó en su mochila.

Se dirigió a la parada de bus y cogió el primero que salió en dirección a Oviedo. Sólo subieron otras cinco personas. El conductor le cobró al subir y le sonrió con tristeza, Sara no supo por qué. Se sentó al final del autobús y enterró la cabeza entre las rodillas. Lo había conseguido. Vería el mar.

Miró por la ventanilla con una enorme sonrisa y el autobús arrancó. Las montañas estaban cada vez más cerca y el autobús se metió en el túnel que las cruzaba. Era muy largo, y dentro no había nada de interés. Le llamó la atención los pocos coches que había esa mañana. Sin poder evitarlo, se quedó dormida.

ENOL

Levantó al fin la raíz del suelo y sintió la caricia del viento en ellas. Era una sensación muy agradable.

—Mi niño... Al fin ha llegado el día —dijo su madre acercándose. Entre sus ramas llevaba hojas muertas que formarían un colchón de materia orgánica para las nuevas flores.

Su padre se acercó también y le pasó una rama sobre la cabeza, a modo de saludo. Tres diminutos colibríes revoloteaban a su alrededor.

Un grupo de campanillas y pensamientos pasó a saltitos a su lado, con sus diminutas ramitas cargadas de semillas.

—Hijos, hijos, hijos —decían felices.

Y se dirigieron al jardín de las flores, donde crecían las rosas de invierno y los claveles de cristal.

Enol sonrió. Definitivamente necesitaban más tierra.

Abrazó a sus padres y se encaminó a las montañas.

SARA

Cuando abrió los ojos estaban de nuevo en la parada de autobús. El conductor se le acercó con su sonrisa triste.

—Hemos tenido que darnos la vuelta. La nieve está muy alta más allá de la montaña y la carretera está cortada. El resto ya ha vuelto a casa, pero me ha dado pena despertarte. ¡Buena suerte la próxima vez! —dijo encogiéndose de hombros.

Sara se bajó del autobús. Sólo eran las nueve de la mañana, no entendía cómo les había dado tiempo a llegar al túnel y volver. Miró a su alrededor. En el valle no había ni rastro de nieve.

Pero las montañas protegían el valle y muchas veces las nubes se quedaban fuera. Se lo había oído a su padre en varias ocasiones. Aunque tampoco había leído nada en las páginas de internet sobre meteorología.

Volvió a casa cabizbaja. El pueblo ya se había despertado, aunque la mayoría de los comercios aún estaban cerrados. Volvió a casa. Lo intentaría de nuevo en un par de días.

Su madre y su abuela seguían durmiendo y no habían visto la nota. Mejor para ella. La guardó en un bolsillo y se sentó con la *tablet* planeando su nuevo viaje.

Habían pasado dos semanas. Las clases en el instituto pasaron lentas y aburridas. Preparó una nueva excursión para el fin de semana y el sábado se dirigió a la parada de bus. También esa vez dejó una nota. El mismo conductor la recibió de nuevo con su sonrisa triste. Aparte de él, iba sola en el bus.

Se sentó y el conductor arrancó el motor [...]